

# LA CRISIS DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA EN 1932

ANTONIO CRESPO

La Universidad fue creada –o más bien, recreada– en 1915, como es bien sabido. Se debió este hecho a un gran esfuerzo de los políticos murcianos –en especial Isidoro y Juan de la Cierva–, conscientes de la importancia que tenía este proyecto para la región. Y también se debió mucho, cómo no, a una intensa campaña de prensa, encabezada por *El Liberal* y secundada por los demás periódicos, sin distinción de ideologías<sup>1</sup>.

La historia de la Universidad desde sus orígenes medievales a una época reciente ha sido muy bien sintetizada por M<sup>a</sup> Concepción Ruiz Abellán<sup>2</sup>. En su trabajo se narran los avatares de nuestro primer centro docente, resaltando cómo en 1929 hubo “un intento serio de supresión, materializado en un decreto que llegó a aprobar el Consejo de Ministros de 28 de enero de 1929, con efectos de 30 de septiembre, aunque no llevado a la realidad, porque una sólida campaña, otra vez, de las fuerzas vivas de la región, consiguió dejarlo sin efecto”<sup>3</sup>. También señaló esta investigadora que algo más tarde, ya en tiempos de la II República, se produjo otra maniobra de supresión que, por fortuna, no se llevó a cabo. A este nuevo intento, menos conocido hoy, vamos a referirnos en las páginas siguientes.

Fue a principios de febrero de 1932 cuando circuló por Murcia, “de fuente fidedigna”, el rumor de que “para aminorar los gastos del presupuesto del Estado”, peligra la continuidad de la Universidad. Así lo expresaba textualmente el recién aparecido diario *La Región*, cuyo director, Manuel Biedma, era profesor universitario. Recordaba el periódico que el anterior ministro de Instrucción Pública, Marcelino Domingo, prometió defender la Universidad murciana de los embates que la refor-

<sup>1</sup> Sánchez Jara, Diego: *Cómo y por qué nació la Universidad de Murcia*. El autor. Murcia, 1967.

<sup>2</sup> Ruiz Abellán, M<sup>a</sup> C.: “La Universidad de Murcia (Desde la *madriッサ* medieval a la Universidad contemporánea)”. *Murgetana*, 77. Murcia, 1988.

<sup>3</sup> Era ministro de Instrucción Pública, en el gobierno del general Primo de Rivera, Eduardo Callejo.



ma educativa pudiera proyectar sobre su estabilidad, y aun robustecerla, ampliando el cuadro de sus enseñanzas. Añadía que los rumores habían producido tan honda inquietud que “no podemos sustraernos al impulso de dar la voz de alarma”. Y terminaba anunciando que el alcalde, Moreno Galvache, había salido la noche anterior para Madrid a fin de aclarar el asunto, entre otros cometidos<sup>4</sup>.

Al día siguiente, el periódico insistió con amplitud en el problema, manifestando que Murcia tenía “títulos suficientes en el mundo gubernamental de la República” para que “por motivos de economía desproporcionados con las exigencias de la realidad nacional” se la privara de algo tan esencial en su vida, y ya, en su historia. Expresó su confianza en que una gestión oportuna hiciera disipar los temores, pero que habría que pensar “en transformaciones de esencial importancia”. Agregó ser precisa “una cooperación permanente de los catedráticos titulares en las tareas de la enseñanza”, que estaba en manos de auxiliares, así como la inmediata organización de un seminario popular, que llevase hasta el pueblo la labor de los especialistas que figuraban en el claustro. También aludió al urgente traslado del centro docente a un local adecuado<sup>5</sup>.

Sendos telegramas desde Madrid, remitidos por Moreno Galvache y Martínez Moya, ambos diputados en Cortes, tranquilizaron los ánimos por unas semanas<sup>6</sup>. Por otra parte, la visita a Murcia del presidente de la República, Alcalá Zamora, que se alojó precisamente en el Colegio Mayor, supuso un cierto respaldo a la institución<sup>7</sup>. En esta fase de relativa calma, *La Verdad* escribió un editorial exponiendo que se iba a crear en Madrid una alta Escuela de Estudios Agrarios, a pesar de que la agricultura era para Murcia “la base de su vida actual y seguramente futura”. Concretó el rotativo católico que se trataba de una ocasión, quizás única, para que la Universidad murciana se enriqueciera con nuevos centros y especialidades<sup>8</sup>. *La Región* se adhirió a esta propuesta, muy lógica tras la anunciada creación en la huerta de “una Granja de experimentación, abarcadora de toda clase de cultivos”, y comentó “el disparatado caso de situar en La Moncloa la Escuela de Ingenieros Agrónomos”<sup>9</sup>.

“La Universidad es el alma espiritual de nuestra región”, proclamó más adelante este periódico, matizando, no obstante, que su defensa no significaba conformidad con su actual situación, en la cual, realmente, no era más que una sola Facultad<sup>10</sup>. Pidió que estos centros docentes dejaran de ser “organismos burocráticos, de espíritu anquilosado, vacíos de emoción creadora”. Y que, además de la pura tarea docente, atendiera “a la labor de seminario e investigación, de acción cultural sobre las masas y de impulso espiritual sobre el pueblo”<sup>11</sup>.

<sup>4</sup> “La Universidad de Murcia. Voz de alarma”. *La Región* 12-2-1932. (En adelante se cita como *LR*).

<sup>5</sup> “La posible supresión de la Universidad”. *LR* 13-2-1932.

<sup>6</sup> *LR* 16-2 y 17-2-1932.

<sup>7</sup> Ruiz Abellán. Lugar cit.

<sup>8</sup> “Una Universidad agrícola”. *La Verdad* 4-5-1932.

<sup>9</sup> “Una Universidad agrícola”. *LR* 5-5-1932.

<sup>10</sup> La de Derecho, tres veces más nutrida de estudiantes que las otras dos juntas. Así, por ejemplo, en el curso 1933-34 tenía 155 alumnos oficiales, frente a 30 en Filosofía y Letras, y 21 en Ciencias. Es preciso aclarar que estas dos últimas Facultades solamente impartían los cursos preparatorios.

<sup>11</sup> “El problema de nuestra Universidad”. *LR* 13-10-1932.



Muy poco después, volvieron los rumores de que en los presupuestos de Instrucción Pública no se recogían las consignaciones para la Universidad de Murcia y pidió que actuasen los diputados en su defensa, más que por lo que representaba entonces el centro docente por lo que podía significar “en el porvenir, como hogar del espíritu de nuestra región”<sup>12</sup>.

A los pocos días, solicitó *La Región* que se aunasen “los esfuerzos de cuantos hombres amen a Murcia y a la República”. Añadió que en la amenaza de supresión de la Universidad se veía la continuidad de una táctica que ya puso en peligro a este primer centro docente en las postrimerías del régimen monárquico. Pidió que se aprovechara la situación para dotar a la Universidad murciana de funciones genuinas que la caracterizasen y la defendieran de “las maniobras propias de una baja competencia mercantilista”<sup>13</sup>.

Unas fechas más tarde, señaló *La Región* que, al parecer, en los presupuestos nacionales solo figuraban asignaciones para el *personal* universitario, habiéndose suprimido las de *material*. Curiosamente, en dichos presupuestos aparecían cifras para la creación de organismos culturales en Murcia, superiores a los gastos que se pretendía suprimir. Opinó el periódico que la Universidad salvaría seguramente este escollo, pero que debería ampliar su cuadro de enseñanzas, pensando en “la explotación científica e intensísima de nuestras riquezas naturales”. Añadió: “Hay que hacer una Universidad europea en que la labor docente se base en la asiduidad al trabajo fecundo de la cátedra, del laboratorio, del campo de experimentación”. Pidió que se evitara al estudiante peregrino que aprobaba una asignatura en cada Universidad y al “catedrático-relámpago que pasa por la cátedra incidentalmente”<sup>14</sup>.

A mediados de diciembre de 1932 llegó la buena noticia de que se había incluido en los presupuestos del Estado una subvención de 60.000 pesetas para material de la Universidad. *La Región* no destacó este evento, a pesar de su lucha en este sentido. Sí lo hizo *El Liberal*, que publicó un largo editorial del que reproducimos unos párrafos: “Con extraordinaria alegría acogemos esta grata noticia que devuelve a nuestro primer centro docente los elementos que se le restaban para desenvolver su labor científica. / Pero aún la acogemos con mayor satisfacción por esa especie de unión sagrada de todos los diputados de la provincia, merced a la cual la Universidad de Murcia conjura el peligro de muerte en que trataban de colocarla sus seculares enemigos. / El hecho es sintomático. En el momento mismo en que los parlamentarios murcianos se han presentado al Gobierno unidos como un solo hombre en demanda de una resolución de justicia, han obtenido con relativa facilidad lo que pedían”<sup>15</sup>.

*La Región* volvió sobre el tema, muy poco después, ante el anunciado propó-

<sup>12</sup> “Nuestra Universidad”. *LR* 30-10-1932.

<sup>13</sup> “Una táctica vieja que viene manifestándose”. *LR* 2-11-1932.

<sup>14</sup> “La vida de nuestra Universidad”. *LR* 5-11-1932. Como puede observarse por las abundantes citas, el periódico *La Región* fue el más sensibilizado por las crisis de la Universidad y el que realizó en 1932 una verdadera campaña en defensa del primer centro docente de Murcia. No en vano sus principales artífices (los líderes del partido radical-socialista) ejercían carreras universitarias: Moreno Galvache y Luis López Ambit eran farmacéuticos; José M<sup>a</sup> Bautista, abogado, y José López Alemán, médico.

<sup>15</sup> “La vida de nuestra Universidad”. *El Liberal* 17-12-1932.



sito ministerial de suprimir algunas Universidades. Señaló el periódico que la de Murcia tenía que justificar con claridad su existencia, dejando de ser “fábrica de abogados” para convertirse en algo mejor: “... hay que sacarla de la vulgaridad, vivificando su cuadro de enseñanzas y presentándola al país como un ejemplo”<sup>16</sup>. No era un ejemplo, desde luego. Lo comentó Isidoro Martín en un artículo publicado en la revista *Universidad* y reproducido muy posteriormente en *La Verdad*: “Es sobradamente conocida la actitud de algunos catedráticos que, sin motivo suficiente, han pasado temporadas alejados de la cátedra (...). Por otra parte, un justificado deseo en el profesorado de ir a otras Universidades ha hecho que las cátedras se hayan visto frecuente y prolongadamente vacantes, muchas veces desatendidas o atendidas deficientemente”<sup>17</sup>. El periódico de Biedma criticó a *El Liberal*, unos días más tarde, que, “con el descaro acostumbrado acusó de indiferencia e ineptitud al alcalde ante el peligro de desaparición de la Universidad”<sup>18</sup>.

Tenía esta sus modestas instalaciones en el edificio de un “grupo escolar” del barrio del Carmen, junto a la iglesia. El edificio “era inadecuado, pero capaz de ofrecer el mínimo albergue a los dos centenares de alumnos que constituíamos la población universitaria de Murcia”, comentó el mencionado Isidoro Martín. “En Ciencias, además de una excelente aula, tenían un pequeño pero muy bien dotado laboratorio. La biblioteca de Derecho ocupaba una reducida habitación, a la vez sala de profesores, prácticamente inaccesible para los alumnos”<sup>19</sup>. Existía una lámina-donación del cardenal Belluga que poseía el Estado. Su importe (500.000 pesetas) iba a ser entregado al primer centro docente murciano<sup>20</sup>: así se autorizó para la compra del edificio de los hermanos Maristas en La Merced<sup>21</sup>. Pero las gestiones se demoraban. La prensa llamó la atención sobre el caso: “¿En qué estado se encuentra la tramitación de la compra?” Y matizó que el asunto tenía un doble interés: por un lado, la adecuada instalación de la Universidad; por otro, dejar libre el local que ocupaba para el fin que le destinó Andrés Baquero<sup>22</sup>.

Insistiendo en la cuestión, escribió *La Región* dos días más tarde que se desconocían las causas por las que no se había ultimado la compra, ya que estaba convenida la cantidad e incluso existía un borrador de escritura. Añadió que si el plan no se llevaba a cabo, la Universidad debía construir un nuevo inmueble con el dinero que tenía concedido<sup>23</sup>.

Al final, la compra se realizó, los Maristas se trasladaron junto al paseo del Malecón y la Universidad pasó en octubre de 1935 al edificio de La Merced. Nuestro primer centro docente se había salvado por segunda vez de su desaparición.

<sup>16</sup> “Maquiavelismos de guardarropía. El problema de la Universidad”. *LR* 27-12-1932.

<sup>17</sup> Martín, Isidoro: “La Universidad de Murcia en 1930-1940”. *La Verdad* 15-10-1978.

<sup>18</sup> “Habilidades inútiles”. *LR* 29-12-1932.

<sup>19</sup> Martín, I. Lugar cit.

<sup>20</sup> *LR* 20-3-1932.

<sup>21</sup> *LR* 5-4-1932.

<sup>22</sup> “La futura instalación de la Universidad”. *LR* 6-9-1932.

<sup>23</sup> “La Universidad puede y debe tener un edificio propio”. *LR* 8-9-1932.

